

CONFRONTACION POLITICO-ESTRATEGICA INTERNACIONAL

INTRODUCCIÓN

El análisis de la actividad político-estratégica, como el de cualquier otro quehacer humano, puede realizarse en cada uno de los tres tiempos posibles: pasado, presente y futuro.

Este va a ser el orden que vamos a seguir en este estudio. Comenzaremos por recordar la evolución político-estratégica habida durante los últimos treinta años; continuaremos analizando la situación actual, y por último formularemos diversas hipótesis sobre el futuro, de las que sacaremos algunas conclusiones.

Pero acabamos de decir que la evolución estratégica del pasado la vamos a referir a los últimos treinta años. ¿Por qué elegimos ese período y no otro más largo o más corto?

Por la siguiente razón:

Es un hecho evidente que la estrategia de nuestro tiempo está totalmente condicionada por el arma nuclear. Con su aparición en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial se inició una nueva era: la era de la estrategia nuclear.

Efectivamente, toda la actividad político-estratégica realizada en esos treinta años ha tenido siempre como telón de fondo la amenaza nuclear.

Pero quizá sea oportuno recordar para delimitar ya el campo de esta exposición, que ese decorado a que aludimos tiene dos planos: uno, lejano, estratégico, al que vamos a referirnos exclusivamente hoy, donde se encuentran los grandes objetivos políticos, económicos y militares, y para los que están destinados los medios de gran poder de destrucción; otro, próximo, táctico, limitado al campo de batalla, que se sale de nuestro tema, donde se encuentran los objetivos que le son propios, tales como unidades acorazadas, de artillería, puestos de mando, etc., y para los que los ejércitos modernos disponen hoy de proyectiles nucleares de pequeña potencia.

Presentado el escenario nuclear, vamos a citar a los grandes protagonistas mundiales político-estratégicos.

Destacan en primer lugar dos superpotencias: la Unión Soviética en el Este y los Estados Unidos en el Oeste. En segundo término: China en Oriente y Europa en Occidente. Pero hay un nuevo personaje que debemos citar, más por cuanto puede representar en el futuro que por cuanto ha supuesto en el pasado, tal es el Tercer Mundo.

EVOLUCIÓN POLÍTICO-ESTRATÉGICA EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS

Al término de la Segunda Guerra Mundial los dos grandes vencedores ofrecían imágenes bien diferentes. Norteamérica, prepotente, confiada, creyendo que su monopolio atómico garantizaría el orden establecido, pero no previsora de la disrupción dispuesta para el puesto rector que la coyuntura histórica le había conferido.

La Unión Soviética, seriamente quebrantada, pero con ideas claras sobre el camino ofensivo político-estratégico que se proponía seguir.

Su enfrentamiento no se hizo esperar. La aplicación de los acuerdos de Yalta dio lugar a las discusiones más acerbadas. La política de Stalin de conseguir un glacis de seguridad en Europa había de agudizar este enfrentamiento.

Los años cincuenta fueron de confrontación. La URSS efectúa su reconstrucción, desarrolla su arma nuclear y siembra de jalones el Tercer Mundo. En Asia adelanta sus peones en busca, al menos, de un glacis comparable al establecido en Europa. Allí tropieza con China, dando lugar a la división del mundo comunista, acontecimiento éste de extraordinario valor para el futuro.

Norteamérica, con asombrosa buena fe, desmoviliza sus fuerzas armadas, reduciéndolas de tres millones de hombres a unos 400.000. Persuadida de su inmenso poder, gracias al incomparable crecimiento de su economía y su tecnología, pensaba que éste le otorgaría la preeminencia mundial. Pero la URSS se la disputó. Primero en Europa; luego en Asia, empezando por Corea.

Esta situación provocó una gran reacción norteamericana. Su inmensa máquina industrial y militar se puso de nuevo en marcha. Políticamente sembró el mundo de pactos defensivos desde Europa hasta el Extremo Oriente. Estratégicamente se dispuso a rearmar a sus aliados. Poseída de su gran fuerza era capaz de resolver todos los problemas. Acudió con las armas a todos los lugares de cita, comprometiéndose militarmente, con una honestidad digna del mejor elogio, en guerras como la de Corea y Vietnam, que ni tenían para Norteamérica

la importancia que se les dio, ni podían tener otro final que los que alcanzaron, a costa de absorber muchos medios y comprometer moral y prestigio.

La estrategia en Europa. La OTAN

Pero volvamos a Occidente, a nuestra vieja Europa. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial nuestro continente era el desolado solar de las potencias secundarias. Mientras Washington y Moscú se repartían el control político mundial los históricos países europeos se encontraban en una de estas situaciones: o vencidos o en ruinas u ocupados. No les quedaba otra alternativa que asirse a una de las dos superpotencias para obtener el apoyo económico imprescindible y lograr la seguridad indispensable. Tanto más cuanto que la seguridad nuclear no podía encontrarse en otro lugar. Por añadidura, la agresividad de la estrategia staliniana agudizó los problemas.

El Plan Marshall, en lo económico, y la OTAN, en lo estratégico, vinieron a salvar lo que de Europa nos quedaba en Occidente.

Europa acogió con entusiasmo este Tratado por el que se obtenía la protección militar americana y con el que se aspiraba a implicar al máximo a los Estados Unidos en la defensa de Europa.

La evolución estratégica de la NATO permite conocer lo que esta alianza ha supuesto para la seguridad europea frente a la amenaza soviética.

La estrategia de la NATO tuvo desde un principio un carácter disuasorio. Inicialmente esta disuasión se apoyaba en la amenaza de represalia nuclear, aunque para Europa la verdadera disuasión se deseaba fuese consecuencia de un adecuado despliegue defensivo convencional capaz de protegerla eficazmente.

Mientras en el Estado Mayor Combinado del Mando Supremo de la NATO se discutían con ardor las diferentes tesis aportadas por los técnicos de cada país sobre la táctica a seguir en el combate defensivo con el apoyo del arma nuclear, la situación cambió sustancialmente: los servicios de información aliados anunciaron que el enemigo potencial poseía ya armas atómicas.

Nuevos estudios, nuevas discusiones en el seno del Estado Mayor aliado tuvieron por objeto establecer una doctrina táctica bajo el empleo bilateral del arma táctica nuclear.

Pero apenas se había puesto en orden un nuevo conjunto de ideas, cuando aparece en el campo estratégico una gran novedad: el arma termonuclear. Con ella la zona peligrosa de cada explosión pasa de

cinco a 50 kilómetros de diámetro y la potencia de cada bomba pasa de medirse en kilotones a hacerlo en megatones, es decir, se multiplica por 1.000. Era preciso revisar las anteriores conclusiones.

Esta nueva amenaza daba prioridad a la acción estratégica, es decir, al bombardeo por aviones portadores de bombas termonucleares.

Vino, pues, la etapa de mantener permanentemente en vuelo aviones de gran radio de acción, con aprovisionamiento de combustible en vuelo, en ininterrumpida disposición de bombardear los objetivos previstos.

En aquellas circunstancias cualquiera de los dos bandos podía producir por sorpresa un «Pearl Harbor atómico», lo que venía a constituir una incitación a tomar la iniciativa.

Como consecuencia, tanto Europa occidental como Canadá y los propios Estados Unidos hubieron de cubrirse por una línea de radares avanzados para detectar lo antes posible cualquier intento de penetración enemiga.

La tensión adquirió los más altos niveles ante el temor de poder desencadenarse una «guerra por error»; pero esta situación vino a tomar un nuevo giro ante la aparición, en el campo soviético, de los proyectiles balísticos intercontinentales.

Por añadidura, el lanzamiento del primer *Sputnik* evidenció el progreso soviético y puso en tela de juicio el sistema de defensa establecido por los Estados Unidos. Era imprescindible y urgentísimo salir de esta situación que la Unión Soviética pretendía explotar políticamente.

En este momento llegó el joven Kennedy al poder y con él un amplio programa de reformas. La primera fue acabar con el riesgo de la «guerra por error», centralizando en las manos del presidente la orden de empleo estratégico del arma nuclear. La segunda fue la sustitución de la estrategia nuclear americana de la «represalia masiva» por la de «respuesta flexible», en virtud de la cual el presidente Kennedy anunciaba que a cualquier ataque soviético sobre territorio aliado o sobre la propia Norteamérica se respondería con los medios necesarios, expresión ambigua y que no amenazaba ya de destrucción el territorio soviético, lo que suponía tanto como decirle a Moscú que se abstuviese de apuntar sus armas precisamente sobre los Estados Unidos.

Esta decisión unilateral provocó un serio malestar en Europa. Su protección nuclear quedaba en manos del presidente norteamericano. Nació el lógico deseo de participar en las decisiones que los Estados Unidos pudieran tener que tomar en materia nuclear.

CONFRONTACIÓN POLÍTICO-ESTRATÉGICA INTERNACIONAL

La Administración Kennedy impulsó la creación de nuevos armamentos que asegurasen la respuesta devastadora ante una iniciativa soviética. Así surgieron los submarinos atómicos; el misil «Polaris», capaz de ser lanzado desde un submarino en inmersión; los «Minuteman» intercontinentales; los proyectiles antimisiles; los de cabeza múltiple, etc.

Kennedy trató de evitar así para su país el peligro atómico, restableciendo el predominio norteamericano tras superar una situación ciertamente delicada.

Neutralizada atómicamente la Unión Soviética, el equipo Kennedy planteó la defensa de Europa sin emplear armas nucleares y utilizando únicamente medios tradicionales.

La unilateralidad de estas decisiones político-estratégicas y el desequilibrio de la NATO frente al Pacto de Varsovia en unidades convencionales crearon en la alianza las naturales fisuras y desconfianzas.

Es un hecho cierto que la estrategia Kennedy, tan lógica y favorable para su país, vino a traer importantes consecuencias en el orden político y estratégico.

En el campo estratégico, la declaración pública, posiblemente con intención de calmar las inquietudes europeas, de que Norteamérica poseía una fuerza de represalia invulnerable y que podía destruir la mayor parte de los proyectiles soviéticos, sirvió de estímulo a Moscú para desarrollar la suya propia y alcanzar pronto (1964) el correspondiente equilibrio.

Se llegaba así a hacer imposible la guerra atómica en el campo estratégico, pues cada uno de los dos grandes adversarios tenía la seguridad de recibir una respuesta que causaría destrucciones tan enormes que, a juicio de MacNamara, podían suponer los 100 millones de muertos en los Estados Unidos. La guerra convencional recobraba actualidad en el campo occidental.

A pesar del equilibrio existente, la URSS seguía manteniendo la irracional amenaza de la guerra nuclear hasta sus últimas consecuencias. Por el contrario, Norteamérica afirmaba que ella no iniciaría una acción de este tipo y que, caso de tener que hacerlo, la emprendería con fines disuasorios y con grandes limitaciones en alcances, objetivos y potencia de sus armas.

Europa no acogió con confianza esta doctrina; no creyó contar con suficiente garantía nuclear. Francia, unilateralmente, proclamó su decisión de utilizar desde un principio el arma nuclear —que ya poseía— si fuese atacada en su propio territorio. Los alemanes se adhirieron a

la política americana. Así llegamos al momento actual. La estrategia de disuasión permanece en pie.

Como vemos, durante estos treinta años de paz se ha desarrollado una guerra oculta entre la URSS y los Estados Unidos, que ha traído, entre otras, una gran consecuencia: la carrera de armamentos, que también continúa.

Pero ya no se trata de producir más bombas ni de mayor potencia; con las que poseen tanto Washington como Moscú tienen más que suficiente para destruirse mutuamente, y nadie puede matar a los muertos. La lucha actual está planteada más en el campo tecnológico. Hoy se trata de lograr ingenios capaces de alcanzar los objetivos enemigos eludiendo sus medios de defensa y de conseguir interceptar los que lance el adversario.

Pero para completar la imagen de este proceso evolutivo debemos tener presente que mientras estos acontecimientos estratégicos tenían lugar, otros de carácter político-económico los hacían posibles.

Efectivamente, gracias al impulso norteamericano, Europa resurgió en los años cincuenta con sus «milagros económicos». La moral se robusteció a tal punto que se llegó a pensar seriamente, con la consiguiente alarma en Ultramar, en la constitución de una Europa como tercera potencia mundial. Las estadísticas permitían abrigar esta ilusión.

Pero la situación cambió radicalmente en la década de los sesenta. Frente a una ininterrumpida expansión norteamericana, los países europeos se veían frenados por la inflación. El Mercado Común, la temida arma competitiva ante Norteamérica, quedaba limitada a una suma de economías nacionales. Mientras el PNB de los Estados Unidos superaba al de toda la Comunidad reunida, en los países europeos que la componen se acrecentaba el nacionalismo con unas pretensiones de grandeza ajenas a la realidad.

Las políticas positivas marchaban cada una por su lado: Francia retiraba sus divisiones de la NATO, en medio de un gran estrépito, aunque permaneciese vinculada a la Alianza. La Alemania de Brandt desarrollaba su *ostpolitik*. Italia se acercaba económicamente a Moscú. Grecia y Turquía se distanciaban asimismo de la Organización Atlántica. La NATO vino, pues, a quedar como un seguro colectivo por si llegara a suceder lo peor.

El Pacto de Varsovia, que nació como respuesta a la NATO, aunque de modo más atenuado, experimentó una evolución en cierto modo paralela.

SITUACIÓN ACTUAL

Así hemos llegado a la segunda mitad de la década de los setenta. ¿Qué caracteriza a la actual situación?

Hoy, como ayer, la hegemonía norteamericana sigue siendo el hecho distintivo de nuestro tiempo.

Europa

Europa, tan rica en ideas, cultura e historia, a la hora de preparar las grandes decisiones que configuran el futuro, no puede compararse en eficacia ni a Rusia ni, por supuesto, a los Estados Unidos, y es que la dimensión que hoy se exige a estos niveles, en cuanto a planificación y ejecución, rebasa la capacidad de cada Estado europeo.

A pesar de su superior estructura cultural, la disgregación política y económica europea limita los capitales y recursos que se precisan en el sistema actual de producción y consumo en masa.

Salvo una crisis interna norteamericana, ningún grupo de estados europeos, sin fusionarse, sería capaz de igualar su grado de capitalización y fuerza, aunque es preciso reconocer que tanto Europa como la URSS disponen de no pocos sectores económicos cuya estructura y progreso son comparables y hasta superiores a los norteamericanos; pero a escala global sus realidades económicas son inferiores en dimensiones y rendimiento.

Consecuencia inevitable es que las fronteras económicas de los Estados Unidos no coincidan con sus límites territoriales, lo que en Europa se traduce en que una parte de su industria esté en manos norteamericanas. Sin embargo, esta agresividad económica estadounidense no existe siempre en el orden estratégico.

Estados Unidos

La estrategia de los Estados Unidos es la propia de un pueblo idealista, pero que no desdeña sus intereses materiales, regido por un sistema democrático cuyos frecuentes procesos electorales mediatizan, y a veces entorpecen, la dirección político-estratégica del país.

Su esquema popular suele resumirse: en el deseo honesto de constituir a su país en el «líder» para ayudar a los otros pueblos a adoptar su «modo de vida», por considerarlo el mejor, y en el propósito de mejorar siempre su prosperidad económica, procurando garantizarla con la reelección del candidato de su partido.

Sea más o menos afortunado este punto de vista hace tiempo extendido por el mundo, lo cierto es que el peso de su opinión pública suele servir de acelerador o freno para las decisiones político-estratégicas, insuflándolas de agresividad en los momentos de gran prosperidad e impregnándolas de aislacionismo en los momentos de crisis. Es la potencia de su gigantesca Administración militar la que da continuidad a la defensa de los intereses norteamericanos en el mundo.

La actual coyuntura política, y en parte la económica, de este gran país, le sitúa hoy en un momento de inestabilidad que permite formular las más variadas hipótesis respecto a su futura actitud político-estratégica a escala internacional.

URSS

Si nos trasladamos a Moscú para observar su panorama político-estratégico, observamos que su tradicional agresividad revolucionaria directa ha ido dando paso a una estrategia de acciones indirectas consistentes en el envío de armas, de «equipos asesores» y hasta de ayuda económica, mediante las cuales combate la influencia norteamericana y se infiltra en los países que merecen su interés y en los que su situación político económica hacen posible el comunismo.

Paralelamente a lo expuesto sobre Norteamérica, podemos decir que la Unión Soviética tiene como esquema la implantación del marxismo a escala mundial, bajo la égida de Moscú, la permanencia en el poder del Partido Comunista y el logro de un mayor nivel de vida en el pueblo soviético; aspiración esta última, cada día más acusada y cuya puesta en práctica advierten inequívocamente quienes visitan periódicamente la Unión Soviética.

La estrategia soviética, como la de todos los países comunistas, oscila siempre entre dos tendencias, la línea dura, de severa ortodoxia marxista y expansionista y la línea de la prosperidad económica interior y progreso técnico, admitiendo la coexistencia como táctica, sin renunciar a los objetivos político-estratégicos de todos conocidos.

Quizá sea éste uno de los momentos más equilibrados entre las dos tendencias.

China

Esta coexistencia ha provocado las más acerbas críticas por parte de China que, al declararse campeona de la ortodoxia marxista, rompió la unidad del mundo comunista, hecho de una trascendencia poli-

tico-estratégica extraordinaria y que ha ido enfrentando día a día, a lo largo y a lo ancho del tablero internacional a estas dos grandes potencias en lucha por su hegemonía, especialmente en los países que integran el llamado Tercer Mundo.

Tercer Mundo

Ahí, en ese Tercer Mundo tan ignorado por los países occidentales y tan apetecido por Pekín y Moscú, radica una de las grandes incógnitas del mundo futuro. No hay que olvidar una realidad viva, presente: que la lucha de clases postulada en su día por Marx en la sociedad industrial, se ha trasladado hoy a la relación entre los pueblos.

La farsa anticolonialista que llevó a duplicar en la ONU el número de los países miembros, sirvió para darle poco más que el derecho al voto, pues la igualdad de oportunidades está muy lejos de ser una realidad.

Los occidentales nos empeñamos en examinar constantemente el eje estratégico Este-Oeste analizando las tensiones que se producen en toda su extensión cuando hay otro eje Norte-Sur, entre países ricos y pobres, o desarrollados y subdesarrollados, para suavizar la expresión, que merecen tanta atención como el anterior.

Este fallo estructural del mundo actual nos ha llevado a una situación de inestabilidad cuajada de rencores y propicia a los mayores radicalismos y agresividad demagógica.

Estos países subdesarrollados, que comprenden las dos terceras partes de la Humanidad, en lucha constante contra la pobreza, se sienten unidos principalmente por su hostilidad contra las grandes potencias y están en constante riesgo de subversión.

Pero aún hay más, el progreso económico-tecnológico de unos y el estancamiento en este campo de otros, así como su diferente evolución demográfica, permiten prever que la separación que hoy les distancia será aún mucho mayor en el futuro. Por eso es lógico y previsible su futura rebeldía, y ésta, con la ayuda oriental puede trastocar la situación político-estratégica y acabar incluso con la paz del mundo.

Africa

Aunque el subdesarrollo abarca mayores espacios, su consideración nos lleva a recordar el valor estratégico del continente africano y el que su excepcional importancia obedece principalmente a su situación geográfica, sus inmensos recursos en materias primas, su ingente potencial humano y su permeabilidad política.

También conviene tener presente que desde él pueden bloquearse la corriente petrolífera procedente de Oriente Medio y que su contorno facilita las acciones aeronavales sobre las rutas marítimas de los océanos Indico, Atlántico y mar Mediterráneo.

Por otra parte, puede constituir una plataforma que apunta hacia el Continente sudamericano.

La pobreza de muchos de sus pueblos y la lamentable incultura que en ellos padecen, les hacen propicios al cultivo del comunismo, que tan difícilmente puede infiltrarse en los países industrializados.

Por eso Africa es hoy el gran teatro de operaciones político estratégico de la Unión Soviética. Su penetración en el Continente negro avanza sin cesar, a pesar de la competencia china y de las resistencias que le opone Norteamérica.

Para nosotros los españoles tiene un particular interés el futuro de nuestro vecino Continente. A través de él se puede atenazar a Europa, y tanto la línea más corta por el Norte de Africa, como la ruta de gran radio a través de El Cabo ambas convergen en la Península Ibérica.

Basta mencionar el papel estratégico del Norte de Africa en relación con nuestra Península para que debamos tratar a renglón seguido el espacio Mediterráneo.

La cuenca mediterránea

El Mediterráneo sigue siendo baza indispensable para toda potencia con aspiraciones hegemónicas.

Denominada su ribera norte «bajo vientre de Europa» por constituir un fácil acceso hacia la Europa central, hoy, al desplazarse el epicentro estratégico hacia Africa y el Indico, adquiere además una nueva dimensión estratégica.

Hace tan sólo quince años, el Mediterráneo se encontraba bajo el indiscutible dominio Occidental ; era un lago de la NATO y nadie ponía en duda la posibilidad de apoyar militarmente, a través de él, a los países ribereños del sur de Europa, en el caso de producirse una agresión soviética.

Hoy las cosas han cambiado. Occidente está perdiendo el control del litoral norteafricano y el Medio-Oriente. La URSS, por el contrario, mediante una metódica penetración política, militar y económica, va consiguiendo imponer en algunos sectores su influencia y hasta lograr gobiernos pro-soviéticos, creando serios problemas a Occidente.

CONFRONTACIÓN POLÍTICO-ESTRATÉGICA INTERNACIONAL

Para la Unión Soviética, como ya hemos dicho anteriormente, una de las principales líneas de acción estratégica se encuentra en el Tercer Mundo y ese eje, por lo que a África se refiere, pasa por los países árabes. De ahí su doble interés por Libia, Argelia y el resto del Magreb, por su condición mediterránea, y por ser pórtico del Continente africano.

Pero no siempre las cosas les ruedan bien. La clave de los países árabes se encuentra en Egipto y Sadat ha asestado un duro golpe a la estrategia soviética al volverle la espalda para acercarse más a Occidente. Suez se aleja hoy de Moscú. Mas si saltamos a la orilla norte, nos encontramos con la crisis turco-griega, que tanto supone para la estrategia de la NATO al poner en grave riesgo el control de los Dardanelos y el Bósforo, puerta mediterránea para la entrada directa de las naves soviéticas en el Mare Nostrum.

Más al Oeste, Yugoslavia se nos presenta con una gran interrogante ante la desaparición de Tito. Italia, bastante neutralizada en estos momentos para la Alianza occidental, vive pendiente más de las amenazas subversivas internas que de la estrategia NATO.

El acceso occidental del Estrecho de Gibraltar no parece correr el riesgo de poder ver instalada en él una base soviética.

Oriente Medio

Pero donde los problemas tienen mayor permanencia y adquieren mayor gravedad es en su extremo oriental. El Oriente Medio, cuyo polifacético valor estratégico es de sobra conocido, polariza los mayores riesgos para la paz mundial.

El petróleo como arma económica y de guerra, constituye por sí un objetivo tan importante que conservaría todo su valor, aunque no se encontrasen sus yacimientos en una región de tan singular posición geoestratégica. Su producción, del 37 por 100 del total mundial, y sus reservas superiores al 55 por 100 de las hoy conocidas, constituyen, hoy por hoy, una necesidad vital para Europa, e incluso para Norteamérica, que procura proteger sus intereses económicos en esa región y hasta las propias reservas en su territorio, a pesar de ser el primer país productor del mundo.

Tanto Washington como Moscú saben que en ese espacio puede encontrarse la causa de una guerra; de una guerra generalizada, se entiende, porque guerra localizada la tienen todos los días, bien sea por el antagonismo árabe-israelí, bien por las desavenencias entre los propios países árabes.

La solapada infiltración soviética y la presencia arrogante de la VI Flota, son dos formas de acción estratégica que contemplamos a diario en esta Región.

EL FUTURO POLÍTICO ESTRATÉGICO

Tras recordar la evolución político-estratégica habida en los últimos treinta años, y analizar su situación actual, nos corresponde ahora meditar sobre las perspectivas que nos ofrece el futuro, formulando algunas hipótesis, más o menos probables, de las que trataremos de extraer consecuencias orientativas para ese futuro que nos aguarda y nos inquieta.

Estas hipótesis han de referirse a las diferentes actitudes que puedan adoptar los principales protagonistas político-estratégicos que hemos venido considerando.

Apurando la síntesis, podemos afirmar que la clave de nuestro futuro dependerá fundamentalmente del tipo de relaciones que mantengan la Unión Soviética y los Estados Unidos. Tal es su poder actual y previsible. Todo lo demás que pueda ocurrir, será una mera consecuencia.

¿Y qué variantes admiten estas relaciones?

En esquema sólo tres:

- Aproximación mayor o menor entre USA y URSS.
- Enfrentamiento, más o menos radical, entre las dos potencias.
- Ambigüedad, con alternativas, en sus relaciones.

Analicémoslas sucesivamente:

Aproximación entre USA y URSS

Esta hipótesis, que muchos consideran probable, y que nadie puede rechazar por imposible, supondría:

En materia nuclear, las conversaciones SALT encontrarían campo propicio para progresar en busca de un acuerdo formal, con la consiguiente limitación y control de las armas nucleares.

Bastaría sólo este hecho para declarar esa aproximación como conveniente y deseable. Pero es que desde nuestro punto de vista europeo esta situación puede sernos particularmente favorable; ella consolidaría la paz de esta región, al permitir una distensión entre las dos Europas.

Y es que, en esta circunstancia, el centro de gravedad político-estratégico se trasladaría hasta localizarse en el Lejano Oriente.

Efectivamente, esta política de entendimiento norteamericano provocaría una situación de guerra fría entre China y la URSS; la línea maoísta vería reforzada su argumentación política; la tensión política y militar se acentuaría a lo largo de su frontera común, sin que puedan descartarse conflictos muy localizados; pero los centros de mayor inestabilidad, en esta región del mundo, se localizarían principalmente en la zona comprendida por Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia y Birmania. La India padecería asimismo la pugna chino-soviética de infiltración, cosa muy a tener en cuenta, pues la India constituye un factor importantísimo en la estrategia del sur de Asia.

Existe además en el Lejano Oriente otra posible y hasta probable repercusión estratégica de esta hipotética aproximación soviético-norteamericana, tal es el entendimiento entre China y Japón; con ello se extendería el área de inestabilidad hacia Formosa, Filipinas e Indonesia.

Todos estos hechos contribuirían a hacer más compleja y peligrosa la situación político-estratégica en Extremo Oriente, aunque no es de esperar que se produjesen conflictos tipo Corea o Vietnam.

Peró los europeos no pasaríamos en tal caso a ser meros observadores lejanos de las tensiones político-militares. En el Medio Oriente, China intensificaría su acción en favor de los países árabes más opuestos a Israel, alejándolos de la órbita de Moscú.

Para Tel-Aviv la nueva situación favorecería su consolidación.

China sería el gran promotor de la inestabilidad mundial.

Peró esta aproximación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos podría prolongarse por mucho tiempo.

La política expansionista y revolucionaria de Moscú, que nunca ha abandonado, y los numerosos intereses encontrados que estos dos grandes países tienen en el escenario mundial, lo hacen difícil.

Para Europa, repetimos, parece ser ésta la hipótesis favorable a sus intereses político-estratégicos, aunque, subrayémoslo bien, sin pensar nunca en la caída del telón de acero. Pues Rusia evitará mientras pueda la reunificación de Europa, que se encuentra su principal glacis de seguridad, conseguido gracias a la audacia y dureza estaliniana complementada por la ineficacia y debilidad occidental.

Enfrentamiento USA-URSS

Podemos suponer que esta hipótesis es menos probable que la anterior, especialmente a partir de un cierto grado de distanciamiento; pero tampoco puede decirse que sea menos posible.

Esta situación político-estratégica traería como consecuencia:

En materia nuclear, la carrera de armamentos recobraría nuevo vigor, aunque difícilmente puede cambiar sustancialmente el actual equilibrio con un nuevo impulso en el campo de los progresos tecnológicos.

La guerra fría carecería de límites geográficos, aunque sin que se corriera el gran riesgo de llegar a producirse la guerra nuclear ilimitada.

Para Europa esta hipótesis le es muy desfavorable, tanto que hasta podría hacer posible la unidad europea occidental, lo que nos lleva a poder decir que no hay mal que por bien no venga.

Pero, lo más previsible es que Europa, con su actual estado, se transformaría en el epicentro de las mayores tensiones político-estratégicas.

Todos estos acontecimientos se verían agravados por la reactivación e intensificación de la estrategia soviética en el Oriente Medio y en el Continente africano.

En el Medio Oriente, la Unión Soviética daría la batalla a Occidente para privarle del petróleo y lograr su predominio, al menos en el Mediterráneo Oriental, intensificando su acción sobre los países ribereños. Frente a Israel se acentuaría la agresividad de los países árabes revolucionarios alineados junto a Moscú.

Es en este espacio geoestratégico donde se correría el mayor riesgo de guerra generalizada convencional y hasta nuclear, limitada.

Africa, ese inmenso territorio, preñado de materias primas, y tan propicio a la infiltración revolucionaria, vería acrecentarse la pugna entre el Este y el Oeste, para implantar en él su influencia hegemónica. Las previsibles acciones revolucionarias correrían el grave riesgo de transformarse en luchas armadas.

¿Pero ¿y en el Lejano Oriente? ¿Qué sucedería en este gran espacio geoestratégico?

Allí podría suceder lo peor; la reconciliación chino-soviética devolvería la unidad al mundo comunista, cosa sólo posible por una sustancial evolución política tras la muerte de Mao, y que supondría un

grave riesgo para Occidente, por el inusitado vigor que alcanzaría la acción revolucionaria de estas dos grandes potencias.

Probablemente, esta situación inclinaría al Japón junto a los Estados Unidos, que sería un avanzado aliado en el Pacífico.

Pero es tanto lo que separa hoy a China de la URSS, que parece muy poco probable que esta situación pueda producirse.

Por el contrario, en la hipótesis que consideramos, de enfrentamiento URSS-USA, lo que parece sería indudable es la aproximación entre China y Norteamérica, sobre todo si tras la muerte de Mao, China se hace más conservadora.

En este caso, el Japón, es muy probable que sirviese de intermediario entre China y USA, alineándose a su lado. Si no procediese así y se acercase a la URSS, la situación en Extremo Oriente se haría mucho más confusa.

Ambigüedad entre URSS y USA

Por último, nos queda por considerar la hipótesis, quizá más probable, en la que la Unión Soviética y Norteamérica mantengan una relación ambigua con alternativas de aproximación y distanciamiento.

En este caso la actividad político-estratégica mundial será forzosamente confusa, cambiante y hasta a veces contradictoria.

Los problemas político-estratégicos que el mundo tiene planteados seguirán sin resolverse, y a ellos vendrán a sumarse otros nuevos.

Los centros de mayor inestabilidad y de tensión irán variando de localización geográfica, aunque con mayor persistencia en el Oriente Medio.

La estrategia de infiltración soviética continuará sin desmayo tras los objetivos hegemónicos, ya hace tiempo definidos por Moscú.

China, a sabiendas de que no será invadida por la URSS, proseguirá su exportación revolucionaria con más o menos intensidad y amplitud, según sea su evolución política interna.

Pero su política revolucionaria exterior tendrá ejes de acción muy definidos, procurando no rebasar en ningún momento sus posibilidades, para no dar pasos en falso que pongan en evidencia su limitación, con la consiguiente pérdida de prestigio en el mundo hacia el que dirige su acción.

China es consciente, sin duda, de la amplitud de sus objetivos político-estratégicos en función de su desarrollo económico, todavía en vías de realización; de su consolidación como potencia nuclear, todavía muy distante de las dos superpotencias atómicas, y de que su

infiltración política, especialmente en el Tercer Mundo, tanto en Asia como en Africa e Iberoamérica, hagan posible una acción revolucionaria para incluirlas en su esfera de influencia.

Sus actividades en Europa no deben merecerle mayor interés, por el momento, debido no sólo a la dificultad que una sociedad industrializada ofrece al desarrollo del comunismo, sino también a que una Europa fuerte debe fijar el grueso del ejército soviético, que en otra ocasión sería trasladado hasta la frontera chinosoviética.

En definitiva, y como consecuencia de las consideraciones hechas en cada una de las tres hipótesis analizadas, podemos decir como síntesis final:

1.^a La clave del futuro político-estratégico radica fundamentalmente en el tipo de relaciones que puedan mantener la Unión Soviética y los Estados Unidos.

2.^a Si los países ricos de Occidente no rectifican a tiempo su política hacia el Tercer Mundo, éste, mediante acciones revolucionarias, podrá trastocar la situación político-estratégica y hasta acabar con la paz del mundo.

3.^a Para el mantenimiento de la paz en Europa, la hipótesis más favorable parece ser una aproximación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

4.^a Sea cualquiera la hipótesis político-estratégica que predomine de las consideradas, el mundo no conocerá una auténtica paz.

ANTONIO IBÁÑEZ FREIRE